

La Unidad de Efecto como construcción de la emoción poética en “La Casa frente al mar” de Marie Célie Agnant

Amarilis Guilarte Fermín
UPEL- Instituto Pedagógico de Maturín
CILLCA
amrilisfermin@gmail.com

“La casa frente al mar”, de la escritora Marie Célie Agnant es un relato que impresiona por el lirismo de su construcción textual, al tiempo que logra transmitir el horror de la dictadura de Francois Duvalier en Haití. El cuento comienza *in media res*:

Las ventanas dan hacia la playa. Después de la tragedia hemos puesto cortinas muy pesadas para que no se levanten nunca. El mar no asistirá al espectáculo de nuestro sufrimiento, ni al de nuestro alivio.*

Estas primeras líneas siembran la intriga sobre una tragedia de la que aún no tenemos detalles. Sabiamente la autora inicia con fineza el recorrido hacia la unidad de efecto. Una narradora en primera persona del plural nos ubica en un espacio y en una situación que irá avanzando hasta sumergirnos en una atmósfera de terror asordinado. Todo nos empujará hacia el final, hacia la revelación del horror, sin estridencias.

Este método de la unidad de efecto fue expuesto por el escritor norteamericano Edgard Allan Poe en su conocido ensayo “Filosofía de la composición o método de la composición”, en el que expresa:

Nada resulta más claro que el hecho de que todo argumento que merezca el nombre de tal, debe ser planeado desde el comienzo hasta su desenlace. Solo cuando no perdemos de vista el desenlace, podemos dar al argumento la semblanza indispensable de consecuencia o de causalidad, haciendo que los incidentes y especialmente el tono, contribuyan en todo momento al desarrollo de la intención (2008: 29).

Esta cita nos trae reminiscencias de otro excelente narrador, más cercano a nosotros. Me refiero al escritor uruguayo Horacio Quiroga y a su famoso “Decálogo del perfecto cuentista”.

Quien escribe, quien alguna vez ha intentado contar una historia sabe que la unidad de efecto es fundamental, sobre todo en las narraciones cortas donde debe mantenerse, permanentemente, una relación de tensión entre la totalidad del asunto, el ritmo y la extensión. Esto lo maneja muy bien Marie- Célie Agnant, quien después de despertar desde las primeras líneas nuestra curiosidad como receptores, continúa impresionándonos con el despliegue de un primer párrafo introductorio que hace de síntesis.

El ritmo de este párrafo marca el tono poético, nostálgico y memorioso que atraviesa todo el texto, atenuando con su lirismo, no la magnitud de la tragedia que nos narra, sino todo lo abyecto que pudiese tener la escena dramática que se nos muestra en las últimas líneas, dejándonos sumidos en un desasosiego, impotencia y dolor profundo. Este es el efecto final. Es la impresión que nos transmite este relato. Pero ¿cómo transmitir lo inefable? ¿Cómo encontrar las palabras apropiadas para evidenciar el amor, la decepción, la represión, el dolor? ¿Cómo denunciar la infamia sin renunciar a lo poético?

Nos decía el escritor inglés T.S. Eliot que

La única manera de expresar un sentimiento en la creación artística es mediante el empleo de un correlato objetivo; es decir, un conjunto de objetos, una situación, una serie de acontecimientos que sean la fórmula de ese sentimiento en concreto; de tal modo que cuando se den los datos exteriores que han de conducir a una experiencia de los sentidos, el sentimiento surge automáticamente (2008: 14).

El correlato objetivo propuesto por Eliot no está divorciado completamente de las ideas del método de composición expuesto anteriormente por Edgard Allan Poe. En ambos planteamientos la creación artística pasa por objetivarse en un discurso que intenta expresar ideas y emociones. Dadas las limitaciones de nuestro lenguaje para mostrar lo inefable surge la necesidad de recurrir a una imagen que suscite los sentimientos y los efectos deseados.

La escritora que nos ocupa se vale de imágenes poéticas para producir emociones que superan la subjetividad individual trascendiendo hacia símbolos tan universales como las ideas de justicia y libertad. Para ello organiza su discurso cuidadosamente. Ya desde el paratexto llama la atención del lector con un sugestivo título: “La casa frente al mar”. De inmediato nos ubica en el primer párrafo, enfrentándonos a la síntesis de la tragedia que nada tiene que ver con la idea de casa, playa, sol y arena que pudiéramos habernos hecho.

El discurso de “La casa frente al mar” está construido con un lenguaje lírico que actúa como pieza melódica, ayudando a dar sentido a una historia que vale tanto por sus hechos como por la forma como están contados. Desde el primer párrafo se nos genera una expectativa por lo que ha de venir:

En el día todo va bien. El vaivén de lo cotidiano nos hace menos pesado el tiempo. No obstante, cuando viene la tarde, en la oscuridad, pensamos en ellos. También en él, allá arriba en Rochelle, en ese pequeño palacio que se hizo construir en medio del bosque. Recuerdo entonces la misma frase, penosa y lancinante, con las mismas palabras: todo se terminó o más bien todo comenzó en esa velada de San Silvestre cuando se detuvo para venir en ayuda de un motociclista.

Esta frase, catalogada por la voz del narrador como “penosa y lancinante” cierra el primer párrafo y se repite a lo largo del texto, actuando como un ritornelo que punza no solo el recuerdo de la protagonista, sino también el del lector, quien se ve compelido a mantenerse atento por la fuerza repetitiva y sonora de este estribillo.

Es curioso que la narración que se inicia con la primera persona del plural cambie desde el mismo primer párrafo a la primera del singular. Esta alternancia ayudará también a marcar el ritmo de la narración. Casi sin darnos cuenta la pluralidad se diluye en la voz de un yo que contribuye al avance del relato:

Detrás de las ventanas cerradas, vivía con Adrienne, mi madre. Somos dos sombras, dos fantasmas, vagando sobre riberas de ausencias. Somos cenizas de una existencia que ya nadie recuerda. La mayor parte de las familias que, como nosotros, vivieron aquello que pasó en esa velada de Saint-Sylvestre, se ha ido, arrastrando consigo sus jirones y migajas. ¿Pudieron ellos olvidar? Al menos, ¿consiguieron la paz?

El tono bajo y nostálgico de la narración sube un tanto con las interrogantes, preguntas retóricas que podemos encontrar a lo largo del texto, con una intención eminentemente expresiva. Nadie responderá a la angustia en la desesperanza. La voz del personaje se extiende en dramático monólogo, única estridencia en un relato que se empeña en acallar el dolor, pero que no renuncia a mostrar los momentos más intensos de impotencia y rabia. Todo esto produce un efecto acumulativo, formando parte de una unidad dinámica, constituida también por el orden en que el narrador presenta los hechos.

En un acto subjetivamente temporal, el narrador selecciona cuidadosamente los acontecimientos. Nos enfrenta con una tragedia que se irá desplegando retrospectivamente ante nuestros ojos. En este acto memorioso acudimos a los constantes cambios del narrador de la primera persona del plural a la del singular. No se trata de una voz coral, sino de una pluralidad que se desdibuja transformándose en un yo que lleva el peso del relato.

No dejamos Sapotille. Cuando era niña, el mundo para mí se resumía a ese pueblo, a sus casas con sus grandes galerías y a sus patios sombreados. El patio de nuestra casa era mi reino. Había un granado, sus flores rojas y sus frutos. Ese era mi palacio maravilloso, dársena donde navegaban barcos que estaban hechos con las hojas de árboles. Y el tronco del pan de año con sus hojas de parasol era el rey de mi reino. Allí estaban todas mis motivaciones, mis hermanos, y de seguro, Phillippe, en quien pensaba, sentado a horcajadas sobre las ramas del granado. El granado está siempre allí. Aparto la cortina para echar una mirada furtiva.

El yo que se expresa lo hace desde su individualidad, desde ese dolor lacerante e intransferible que produce la decepción, el amor juvenil, el ser que tanto amó, el que jugaba en la playa con ella y sus hermanos, era un traidor, un acólito del tirano.

No hay palabras para contar algo tan personal. Es la única sensación que no puede compartir con Adrienne, su madre. Por eso la voz se hace una y a la vez tantas voces. Ese yo memorioso y doliente se sentiría egoísta si solo rumiara sus angustias personales. Por eso se hace eco de una colectividad marcada por la represión y la injusticia:

En ese momento, la angustia y la rabia confundidas reemplazaban la sangre de mi cuerpo. Vivía con la sensación de una sombra espesa instalándose en mi corazón. Mis hermanos, nerviosos, venían a mi cuarto a paso de lobo, a traerme noticias. Hablábamos en voz baja. Ellos habían perdido muchos de sus amigos. Nadie sabía si los que desaparecían estaban en prisión o habían muerto. No estaban más allí, simplemente. Sus parientes, cuando no eran ellos también apresados, se reunían, asustados, sin saber dónde ir ni a quién dirigirse. Todos ellos, como nosotros, temblaban cada vez que pasaba un camión en la noche.

¿Cómo expresar un dolor tan personal ante tanta calamidad colectiva?

T. S. Eliot y Edgar Allan Poe ofrecen una posibilidad a través del correlato objetivo y la unidad de efecto.

Para que el sentimiento se lleve al texto artístico, en este caso el relato, es necesario contemplarlo y objetivarlo, por supuesto, se objetiva desde el espacio de la subjetividad. La intuición y la intención adquieren cuerpo literario, se recrea un universo estético poblado de personajes y acontecimientos que encarnan y desencadenan todo aquello que se quiere expresar. La escritora Marie-Célie Agnant construyó con el cuento que nos ocupa un correlato objetivo: una hija vive solo con su madre en una vieja casa frente al mar, ubicada en la región de Sapotille, Haití. Después de treinta años, Marisa rememora el amor el amor de Phillippe y la vida junta a sus hermanos. Todos han muerto, menos Guy, el benjamín, quien huyó del país vestido de mujer, y Phillippe que aún debe vivir en su “palacio, allá arriba, en Rochelle, rodeado de sus perros, su piscina y sus caballos”. Nada queda del joven respetuoso y dulce que la protagonista amó. Ella también recuerda la tragedia de Saint Silvestre.

La escritora nos va develando paso a paso una historia que nos atrapa, gracias al tono, la atmósfera, el ritmo, las imágenes

poéticas y la adjetivación con que la construye. Todo nos conduce hacia su final:

Llegaron en medio de la noche, armados hasta los dientes. Llevaban capuchas negras. ¿Estaba Phillippe entre ellos? No quería saberlo, no olvidaré nunca la mirada desesperada de mamá (...) Se llevarían a Jacques, Daniel, Carl, Víctor y Antonio, y seguramente, a papá.

Y no volvieron nunca:

¿Cómo fueron los días y las noches posteriores? No volverían, hasta ese día... en que aparecieron aglomerados en la playa jirones de camisas flotando, esos cuerpos hinchados y desconocidos que el mar vomitaba. Una marejada de habitantes descendió corriendo hasta la playa, intentando identificar los cuerpos. Adrienne y yo permanecimos en la ventana. El sol sobre el mar tenía ese día color de sangre.

¿Cómo describir el tumulto y los gritos que se elevaban sobre la playa? ¿Cómo describir el caos que desde ese entonces se instaló en nuestras vidas?

“La casa frente al mar” es una metáfora del dolor y de la desesperanza. No es la historia personal de la escritora, pero tiene tanto de sus temores y angustias. Ella que de niña vivió la dictadura de Francois Duvalier encontró las palabras que tanto buscaba para transmitirnos, sin estridencias el horror de cualquier régimen sanguinario y represivo. En una entrevista realizada por Yenny González Muñoz, expresaba:

... aprendí a conocer mi país porque yo dejé Haití con un conocimiento de lo que pasaba. Pero no podía nombrar las cosas. Yo sentía el temor, la impotencia de los adultos viviendo en una dictadura, pero para poner palabras sobre todo eso era difícil. Aprendí a conocer a Haití, aprendiendo a conocer el mundo (2011: 47).

Y aprendió muy bien Marie- Célie Agnant a “poner palabras”, a nombrar y a sugerir. Cuando leemos el cuento del que hemos venido hablando nos queda una sensación extraña, inexplicable y dolorosa. No nos cabe duda que la escritora se esforzó en lograr con este relato esa “unidad de efecto” en la que tanto se empeñó el escritor Edgard Allan Poe.

En la entrevista ya aludida y refiriéndose a los libros para niños, dice la escritora: “Estos libros para mí son hechos para que quede algo, porque cuando se cierra un libro debe quedar algo” (2011:47).

Después de la lectura de “La casa frente al mar” sentimos desasosiego, tristeza, rabia... Experiencias muy subjetivas que inmediatamente trascendemos para pensar en símbolos más universales como el amor, la tolerancia, la libertad y la justicia. Ojalá nunca nadie tenga que poner pesadas cortinas para no ver el mar.

Referencias bibliográficas

- Allan Poe, Edgar (2008). *Ensayos y críticas*. Caracas: Fundación Editorial El Perro y la Rana.
Castillo Moreno, Gloria (1994). *El correlato objetivo y el texto literario*. Madrid: Editorial Pliegos.
González Muñoz, Yenny (2011, septiembre). “Conversación con Marie Célie Agnant poeta haitiana”. En *A Plena Voz*. No. 69. Pp. 47- 48.

* Para el presente texto hemos recurrido a la traducción que hiciera Celso Medina del referido cuento. Dicha traducción está inédita.